



Leer es mi cuento 43

Entre usted, que se moja

JOSÉ DAVID GUARÍN

Ilustrado por
JUAN CAMILO MAYORGA



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Biblioteca
Nacional de
Colombia

* * *

COMITÉ EDITORIAL

Amalia de Pombo Espeche
Directora de Artes
Ministerio de Cultura
de Colombia

Diana Patricia Restrepo Torres
Directora Biblioteca
Nacional de Colombia

* * *

MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA

Angélica Mayolo Obregón
Ministra

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

María Victoria Angulo
Ministra

* * *

AUTOR

José David Guarín

Ilustrador

Juan Camilo Mayorga

Editor

Iván Hernández

Directora

de arte

Laura Pérez

María Orlanda Aristizábal
Coordinadora de Literatura y Libro
Ministerio de Cultura de Colombia

Iván Hernández
Editor de la serie
Leer es mi cuento

* * *

Primera edición, noviembre 2020

ISBN: 978-958-5105-42-3

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura de Colombia; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:
literaturaylibro@mincultura.gov.co



Entre usted, que se moja

*Novela enteramente bogotana,
y dedicada a mi amigo
el señor Eugenio Díaz*





I

Acababa de salir de la imprenta de La Nación de comprar un cuadernito llamado “Una ronda de don Ventura Ahumada”, cuando empezó uno de aquellos aguaceros que no dejan duda. Por desgracia me cogió con casaca y sombrero de pelo, sin paraguas ni zapatones y sin un pañuelo siquiera qué ponerle a mi pobre cubilete, que consideraba hecho armero, pues de cada golpe que le daba el granizo me parecía que lo pasaba de parte a parte. ¡Jesús! ¡qué cosa tan terrible! El agua, acompañada de un fuerte huracán, pasaba de ramalazo en ramalazo con tanta violencia que levantaba humareda; los relámpagos se sucedían y el granizo saltaba en el suelo como confites en el óleo de un rico. Yo no tuve otro arbitrio que agachar la cabeza y correr por el paredón de Santa Inés abajo. Con las orejas hirviendo, la cabeza atolondrada, el agua entrándoseme por entre el cuello de la camisa, y corriendo yo por entre un charco, porque el caño iba de bordo a bordo, seguí calle abajo, pensando en que mejor sería llegar de una vez a casa. Pero como iba tan atolondrado, al llegar a la esquina, en vez de coger para la derecha cogí para otra parte, y después de haber corrido unas cuantas cuabras, caí en cuenta de que iba perdido: entonces me arrimé a un portón mientras pasaba el agua. Era de una de esas casas sin zaguán en las cuales apenas se abre la primera puerta ya uno está en el patio. Como el agua me azotaba de frente con tanta violencia, procuré arrimarme contra el rincón, y hube de hacer tanta fuerza, que la puerta se abrió haciendo tal ruido, que en el acto salieron dos perros a querer comerme, ¡así mojado como estaba! Que me traguen, dije, pero yo no me voy de aquí. Me puse a defenderme con el sombrero, y ya uno me asestaba a un jarrete, otro a una rodilla, cuando salió una negra con un costal a la cabeza a espantarlos con el palo de la escoba. Luego que los perros estuvieron en el solar, la señora dueña de casa me mandó decir que entrara mientras que pasaba el agua.

Cuando ya estuve en la puerta de la sala y vi dos disfrazados, me puse a pensar si estaríamos en carnaval o día de inocentes, pero estaba tan atolondrado que ¿acaso pude volver en mí? Después de haber saludado a esos dos personajes, me senté en un canapé y me puse a examinarlos despacio. Era el uno un señor no muy nuevo, alto, catire, con mirada de sabio a la moda, es decir, como miope; nariz de pitón, boca de bondadoso (que dicen que es gruesa, aunque yo he visto muchos boquigruesos y muy poco bondadosos); con barba de empobrecido; larga, tiesa, y no muy limpia, y por último, con pelo de equitador o maromero. Ahora, para el vestido empezaré por abajo. En unos hermosos pies norteamericanos, tenía zapato con rosas de cinta y hebillas, y después seguían las piernas con un cuero tal, que imitaban perfectamente las medias de seda color de carne: de las rodillas para arriba empezaba el calzón de Oidor; después venía el chaleco blanco llegando hasta las caderas, y por conclusión tenía una casaca de corte recto y guarnecida de galones de oro, como las que se ponen los que salen a acompañar las administraciones. Este era el uno; el otro era una señora, uno de los restos de la antigua Colombia: baja de cuerpo, rechoncha, inquieta; la cara parecía manzana guardada, y en cada sien tenía una enorme rosca de pelo medio cogida por un pañuelo de seda morada y cuyo principal adorno consistía en el nudo o rosa que con tanta gracia (según ellas), se ostentaba del lado izquierdo. Estaba con un antiguo traje de entre casa: jubón negro angosto, cerrado hasta más arriba de los hombros y abierto por delante dejando ver una pechuguera blanca; mangas bobas guarnecidas de encajes negros, delantal color de aceituna, y por último, un pañolón de cachemira color de fuego con una punta sobre el hombro y las otras arrastrando como cola de canónigo.







Después de los cumplimientos de costumbre, la señora me dijo que era preciso que me quitara lo mojado. Me excusé cuanto me fue posible, pero me convenció de que no escamparía tan pronto y que mientras tanto debía mudarme de ropa.

—Mire usted, me dijo: la ropa que le voy a dar y que es de la misma que le di al señor, era de mi marido, que murió hace muchísimos años; después nadie se la ha puesto; con que así, no le vayan a tener asco.

Mientras que ella se entró a abrir una enorme caja, según sonó la tapa, yo me quedé conversando con mi compañero.

—Parece (me dijo) que a usted le habrá sucedido lo mismo que a mí: me arrimé a la puerta, la señora me dijo: entre usted que se moja, y me tiene aquí disfrazado, ni más ni menos que como usted saldrá ahora. ¿Sabe usted quién sea esta señora? Yo hasta ahora la veo por primera vez.

—Yo también la veo hasta ahora; ni en mis pesadillas la había visto.



A poco salió ella diciendo:

—Porque los quiero tratar con confianza es que los hago entrar a mi alcoba: con otros no lo hiciera. Entre, me dijo; ahí está la ropa sobre la caja; usted dispensará, pero peor es que tenga eso mojado encima.

Quien quiera saber cómo salí después, que se figure un Oidor en traje de Jueves Santo, con excepción de la larga cabellera blanca y la enorme y plegada golilla. Cuando yo me vi con esa ropa olorosa a poleo y mejorana, me figuré que íbamos

a representar alguna comedia de Lope de Vega o Calderón de la Barca; y como tuve el cuidado de sacar de entre mi bolsillo el cuaderno que había comprado esa tarde, en el acto que salí, me dijo mi protectora:

—Mire qué bien le sienta ese vestido, como mandado hacer; tal me parece que veo a mi marido; ¡tan buen mozo que era y tan poco que le traté!

En seguida vino el suspiro de ordenanza, acompañado de un ¡Ah yai!, tan indispensable.



—¿Y qué libro, continuó, es ese que trae ahí?

—Es uno llamado “Una ronda de don Ventura Ahumada”, escrito por un señor Eugenio Díaz.

—¿Sí? Qué gracioso debe ser eso. ¡Ah! ¡si mi compadre era templado! ¡terrible! Lo que él mandaba se hacía, aunque le costara un ojo.

—Sí, dicen que era terrible.

—¡Ah! si yo les contara las que hizo aquí, verían si era hombre enérgico, y por qué lo llamaron juez de vivos y muertos.

—Pero si yo les refiriera —dijo el otro—, la que me pasó con don Ventura... Por él no me he casado, mi señora.

—¿Sí?

—Y por él estoy como estoy.

—¡Vea!

—Y por él se murió mi madre.

— ¡Mire qué hombre!

—Y por él no soy Padre de San Diego.

—Mire qué lástima— le dije yo.

—¿Pues acaso no es bien misterioso usted con sus aventuras?



Cuéntenos primero su historia, después les cuento la mía, y enseguida el señor nos lee el cuadernito, que bien célebre debe ser. ¿Qué se van a hacer ahora?, está lloviendo todavía y no hay esperanzas de que escampe; esta es agüita de toda la noche; conque empiece.

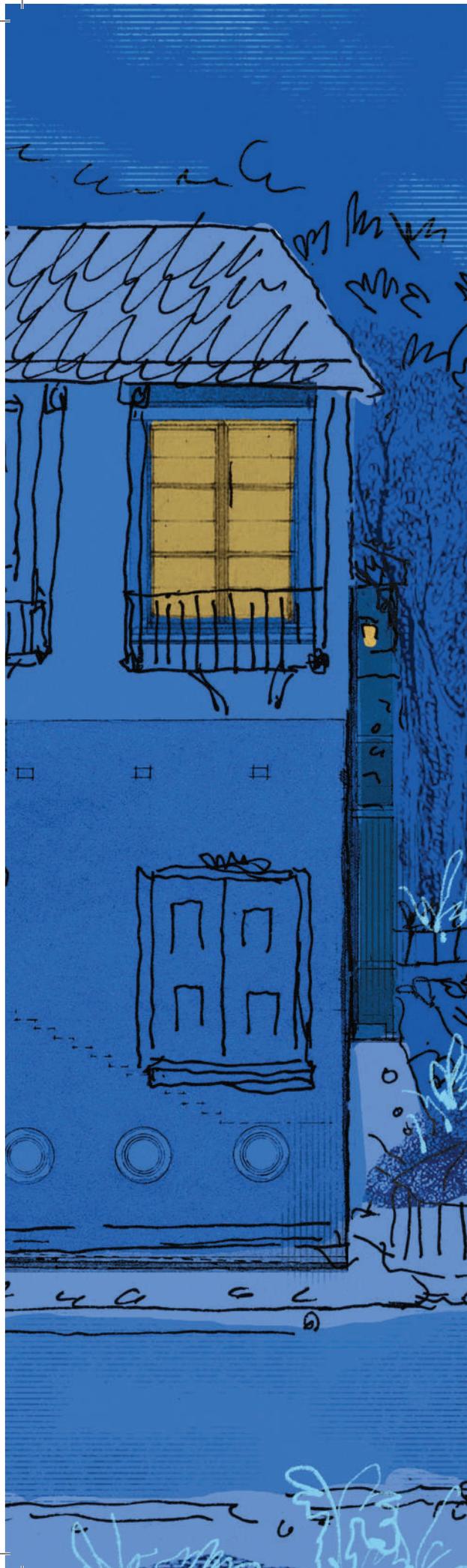
En esto nos trajeron el chocolate, rebosando de espuma atornasolada, en pocillos de plata y un coco con orejas de león en que le sirvieron a la señora. Mi compañero, no queriendo hacer uso de la cuchara de plata, buscó la oreja al pocillo, lo alzó con mucho cuidado hasta la boca, y estirando los labios y abriendo tamaños ojos, le dio un sorbo con entusiasmo tal, que de seguro le abrasó hasta el alma. En el acto dio un quejido, acomodó el pocillo entre el pan, arepas, bizcochos y queso, y sacó el pañuelo para enjugar dos lágrimas dignas de mejor ocasión.

—¿Qué le sucedió, caballero?, preguntó la señora con sorpresa.

—El recuerdo de esa historia, contestó con mucha unción, no puede menos que hacerme llorar.

—¡Ah sí! Hay casos en que no se puede menos que llorar, respondió la señora con tono afligido. ¿Y cómo fue su historia? cuéntenosla aunque sufra: tengo curiosidad.





II

—Pues han de saber ustedes, dijo después de una buena pausa, que a tiempo en que estaba estudiando en San Bartolomé, me enamoré como buen estudiante, de una niña; pero de tal suerte, que ya no pensaba en otra cosa. Para no matarme la cabeza, resolví no volver a estudiar, pues antes me faltaba tiempo para pensar en ella. Me convertí en centinela perpetuo, y primero faltaba el sol, que yo en la esquina. ¡Terrible pasión! Baste decirles que no había tenido otra, ni después tampoco he vuelto a querer a nadie.

—¡Mire! dijo la señora; de eso no se ve en el día.

—Sí, mi señora, continuó más entusiasmado y como olvidando la quemadura; a todas partes que iba la seguía de lejos: me convertí en su sombra. Aunque nunca pude hablarle, porque la madre como que era terrible; sin embargo, sí notaba no sé qué expresión cariñosa en los ojos de la niña, que me tenía como atado a ella. Llegué a tal estado, que me iba jubilando: contaba los balaústres de sus ventanas, y no contento con eso, me propuse saber cuántas tejas tenía ese techo feliz que albergaba tanta hermosura; poco me faltaba para tirar pedradas. A ese tiempo, se le antojó a un militar ir a pararse allí, y aunque no se estaba todo el día como yo, sí tenía el tiempo suficiente para hacerme hervir la sangre. Yo que me consideraba con derecho a priori, empecé a refunfuñar, como perro que defiende el hueso.

El militar, que era cascarillas, y yo, que me preciaba de ser más valiente que un estudiante de Salamanca, en menos de nada armamos la camorra más espantosa.

—¿Con qué derecho, le decía, se viene a parar aquí?

—¿Con qué derecho se para usted?, me contestó él.

—*Interrogatio et responsio eidem casui cohaerent*. Responda usted mi pregunta.

—Mire, me dijo, arrimándome el puño a las narices, a mí no me venga con vejeces, hábleme en castellano, so cachifo perdido.

No fue necesario más: era el peor insulto que se le podía hacer a un estudiante. Me le fui encima, nos agarramos de donde se pudo, y hechos un envoltorio fuimos a templar al caño. Luego que nos paramos un poco más frescos, convinimos en no irrespetar la calle e irnos a dar de trancazos a la Huerta de Jaime. Allí nos dimos hasta que nos supo a feo, sin que por eso se hubiera decidido quién podía pararse en la esquina.







—¿Quién es por fin el que ha de ir a pararse allí?, dijo un curioso que nos había seguido.

¡Yo! contesté inmediatamente, y no lo había acabado de decir cuando el otro me dio un pescocón que me dejó temblando. Allí pudiéramos estar todavía peleando como gallos, si ese buen hombre no nos hubiera hecho ver que tanto derecho tenía el uno como el otro y que en ese caso, ocupásemos cada uno una esquina. Convinimos en eso y nos fuimos a tomar mistela, porque entonces no había brandy. Después que tuvimos cada uno nuestra copa llena, dijo el militar: —Brindo por esa chica morena...

—¡Miente usted! le interrumpí; que es más blanca que un alabastro.

—Hombre, me dijo con sorna, usted estará enamorado como yo; pero no por eso debe cegarse tanto así: diga que tiene buen cuerpo, que es alta, bien formada, y no diga que es blanca. ¿Dónde tiene los ojos?

—¿Y dónde los tiene usted? le grité inmediatamente.

—Adiós diantres, dijo nuestro tercero en discordia; ustedes se van a volver a dar de moquetes por una simpleza.

—Pero supóngase usted, le dije, que si él dijera que es más blanca que la nieve, bajita de cuerpo, gordita y graciosa como un serafín, vaya con Dios, pero...

—Alto ahí, dijo el militar después de haberse bebido de un sorbo la mistela; los dos como que estamos dando fuera del blanco. ¿Cómo se llama la suya?

—Yo no sé, pero lo que sí sé decir es que ella nunca se casa con usted, porque ni la mamá ni yo lo consentiríamos.



—¡Ah!... ¿es decir que usted está enamorado de la señorita, no? pues yo de quien lo estoy es de la criada.

—¡Ja, ja, ja! gritó el curioso, esto sí que es lindo.

—¡Cuánto me alegro! exclamé fuera de mí.

—Yo lo mismo, dijo el militar; no soy tan majadero para pretender a esa niña. Estoy seguro de que aunque fuera General y que yo sólo hubiera echado a los españoles de aquí, y que usted hubiera pagado la deuda de Colombia, no nos la darían a ninguno de los dos para casarnos con ella, mucho menos así lámparos como estamos. ¡Ea, pues! esa chica está muy alto; dejémonos de eso.

Desde ese día y con tales explicaciones no hubo compañeros más inseparables, y en vez de uno éramos dos que nunca dejábamos la esquina. Pero él, que no era hombre de hacer sitio por mucho tiempo sin intentar un asalto, se resolvió a mandarle un recado a la criada y que yo le escribiera una carta a esa niña, y para esto de la conducción se valió de un hombre que hacía los mandados en la casa. Por supuesto que yo me esmeré en decirle bellezas, y terminaba por darle una cita para que a la noche pudiéramos tratar la cuestión que tanto me importaba. Por de contado que mi compañero hacía la misma cita a la chica, como él la llamaba; y todo quedó así, hasta que por la tarde el hombre nos dijo que todo marchaba a las dos mil maravillas, que la criada se daría sus trazas de salir y que la señorita saldría a la ventana. Poco faltó para que yo besara a ese hombre, y llegó a tanto mi alegría que le di cuanto tenía en el bolsillo sin quedarme con qué almorzar al otro día: yo creo que un gusto de éstos acaba tanto como un pesar.

III

Serían las nueve de la noche cuando los dos nos encaminábamos llenos de esperanza hacia la casa. Apenas llegamos a la esquina, encontramos al hombre que nos esperaba, y en el acto en que nos vio nos dijo en voz baja que lo siguiéramos. En el zaguán había un cuarto, abrió con mucho cuidado la puerta y me dijo: usted estese ahí mientras que voy y vuelvo. Lo que hizo con el otro no lo supe, porque no lo volví a ver más. Los momentos que pasé allí a oscuras, imagínese los cualquiera: el corazón me daba tales golpes, que yo creí que se me salía por la boca: era un toro bravo en el coso; además, sonaba tan recio como una tambora y tenía que estar con la boca abierta para no ahogarme. A cada ruido temblaba tanto que no podía estarme en pie y tenía que arrimarme a la pared para no caer. Si en ese momento hubiera llegado ella, nada le hubiera podido decir porque tenía la lengua hecha una bola. Más de una hora me estaría esperando sin que percibiera más ruido que el de los ratones que andaban como riéndose, y cuyas agudas carcajadas parecían una injuria a mi triste situación. ¡Qué tiempo tan largo! Creo que esto era suficiente para un infierno. Ya había perdido la esperanza de todo, cuando empecé a sentir pisadas con botas en el zaguán; creí que era mi compañero que salía, y pensaba llamarlo, cuando abre el hombre la puerta y dice:

—Somos perdidos: el jefe político ha tenido un denunciado y viene a rondar la casa; métase entre este cajón, que aquí nadie lo ve.







Le obedecí maquinalmente, y sin saber a dónde me iba a meter, me dejé embodegar, quedando hecho tres dobleces hasta nueva orden. Entonces fue cuando me ardió la imaginación: pensar en que todo se iba a hacer público y que yo quedaría a los ojos de todos como un ladrón; lo que ella sufriría por mí, y lo que sufriría mi madre... ¡ah! No había tomado todavía resolución alguna cuando otro la tomó por mí, pues me sentí alzar con cajón y todo.

—Cállese, me dijo el hombre: consabido; voy a sacarlo con bien. En la puerta están los gendarmes, pero como yo soy de la casa, no me impedirán sacar el cajón. Y esto fue diciendo y haciendo: cuando yo

acordé ya estaba en la calle; pero no iríamos a dos varas cuando un policía gritó:

—¡Alto ahí! ese hombre lleva un cajón, ¿cómo diablos lo dejan pasar?

—Pero si yo soy de la casa.

—Qué casa ni qué jaranas; usted se va ahora mismo para la cárcel.

—Sí, señor, pero permítame dejar aquí el cajón: ¿para qué llevarlo hasta allá?

—No, señor: con cajón y todo va usted; y que le avisen inmediatamente al señor jefe político que un ladrón está ya en la cárcel.

Más valía, decía yo, estar entre el vientre de mi madre que entre este cajón. Si estuviera estudiando, nada de esto hubiera pasado. De esta clase de



consideraciones hacía mientras me llevaban al trote, pero sin más provecho que el que causan las reflexiones hechas sobre lo que no tiene remedio. ¡Simplezas! Mejor sería no meterse uno en camisa de once varas, que por lo que hace a reflexiones, no falta sobre qué hacerlas aunque siempre sin provecho.

Sentí por fin que estábamos en la cárcel, y después que mi hombre me puso con tanto cuidado en el suelo como si llevara loza, se sentó muy sí señor encima, con la mayor frescura del mundo.

¡Ah caramba! ya no podía de la nuca: tenía la cabeza en medio de las piernas y las rodillas pegadas a la tapa de ese

infernial cajón. En tal posición pensaba yo en lo sabroso que estarían todos en sus camas y lo sabrosa que estaría la mía.

A poco sentí tropel y uno de ellos decía: —Aquí está, señor; lo hemos cogido con ese cajón al tiempo que salía de la casa.

—¿Si? Pues que se prevenga.

—Pero mi amo, si yo soy de la casa y salía a entregarlo.

—¿Y qué hay adentro?

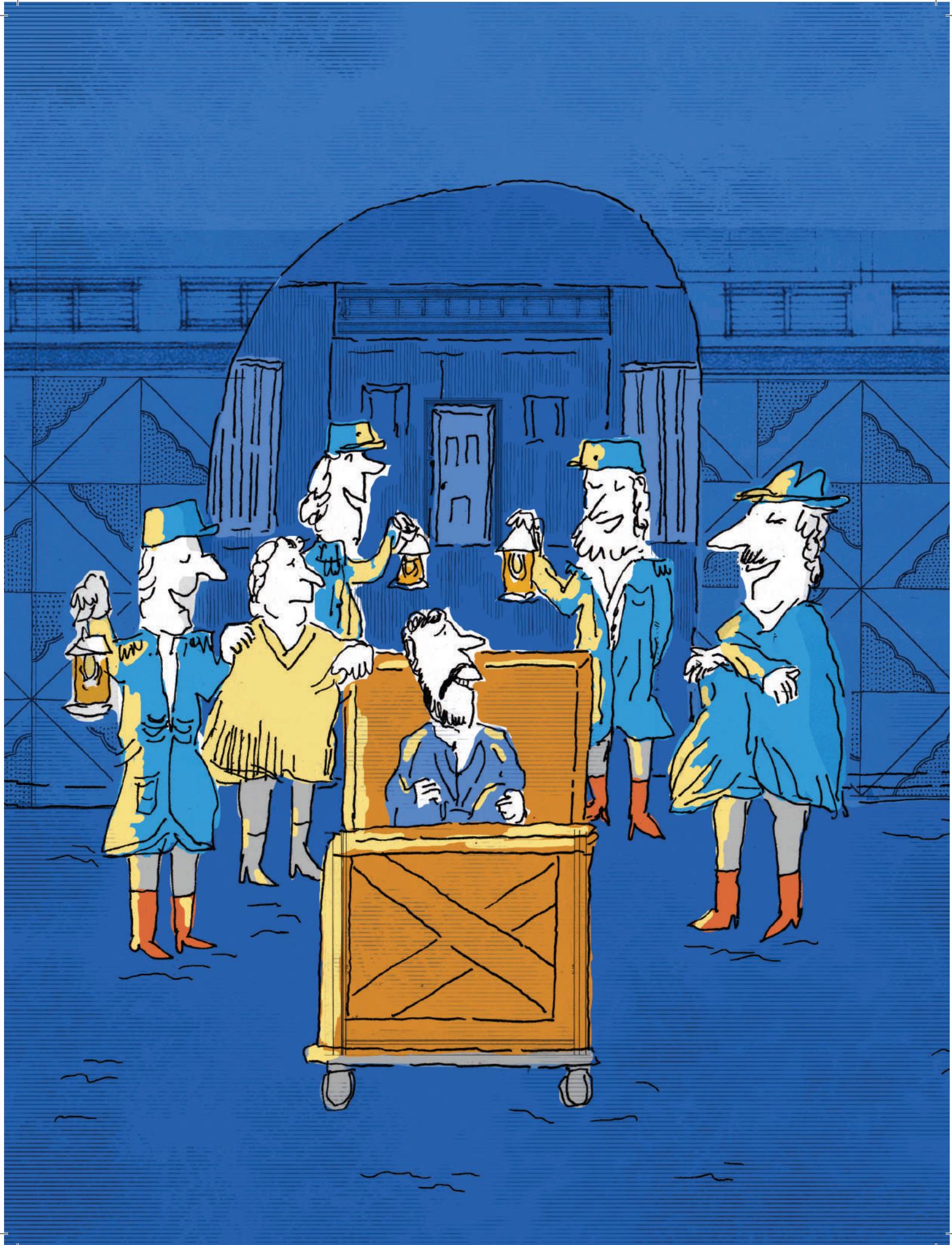
—Nada, mi amo.

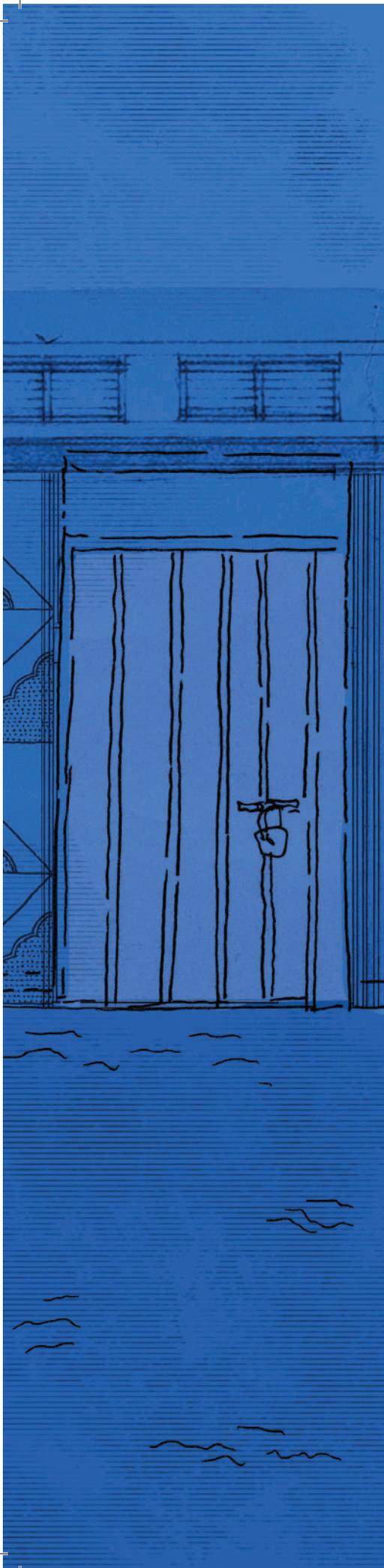
—Nada, ¿no? Ábrelo ahora mismo.

—Mi amo, no abro porque...

—¿Porque qué?

—Es un poco de carne fresca y huele..., no muy bien.





¡Diablo! Cansado de aquella posición ya iba a pedir socorro, cuando alzarón la tapa y salté como un muñeco de sorpresa, más tieso y recto que un caucho. ¡Cuánta gente rodeándome! Unos con faroles, otros con cabos entre cartuchos de papel, el carcelero con un mecho, don Ventura Ahumada en medio, ¡y todos muertos de risa!

—¡Hola! don Carne Fresca, me dijo, ¿qué hace usted entre ese cajón?

—Casi nada, señor.

—Se lo creo, y sin el casi quedaría mejor. ¿Y usted? dirigiéndose a mi hombre; alcahueteando a los ladrones, ¿no? Llénvalo ahora mismo al calabozo.

El hombre se dejó llevar sin decir oste ni moste y yo me quedé esperando mi suerte.

—Ahora tiene usted que decirme por qué se entró a esa casa y por qué se hizo sacar entre ese cajón.

—Fui a esa casa porque la señora me mandó llamar.

—No hay tal; usted iba a robar.

—¡Imposible! exclamé, a grito entero. Sostengo que me mandaron llamar; no soy ladrón como usted me dice.

—Mire, me dijo, apretando los dientes y los puños y acercándose cada vez más con un ademán no muy cariñoso; mire usted que quien va a sonsacar a una criada, no es otra cosa que un ladrón; el peor robo y que no tiene restitución, es el del honor, y para enseñarlo a que no ande inquietando criadas, ahora verá lo que le pasa. Vete, le dijo a un gendarme, a llamar al cura.

Pare en que tenga que confesarme, pensé con alegría:

—Y vos, Simón, continuó don Ventura, dile a la señora que venga con la criada.

—¿Y eso para qué señor jefe político?

—¿Para qué? Para que se case ahora mismo.

—¿Con la criada?

—Con la criada.

—¡No, señor, eso es un atentado! ¡una crueldad! ¡una infamia inaudita! un...

—Cualquier cosa será, pero usted se casa con ella, y esta noche.

—¿Con la criada? ¡Aunque me ahorquen!...

—No será necesario ahorcarlo, mire; y me señaló el cajón.

¡Ah hombre cruel!

—Pero señor jefe político, yo no estaba inquietando a la criada.

—¿Entonces, a quién?

—A la señorita sí quería prometerle; con ella sí más que me castigue.

—¡Mírenlo qué sencillote! dijo abriendo tamaños ojos; y usted, pobre estudiante, ¿cómo pretende esa señorita?... Lo peor es que ya no hay remedio, porque ella se casó.

—¡Se casó! dije dando un grito, y cogiéndome la cabeza con las manos.

—Se casó, dijo don Ventura con calma.

Fue tanto mi despecho, que quise meterme de cabeza entre el cajón para no volver a salir más.

—¿Entonces, no era usted quien estaba inquietando a la criada sino el otro?

—Sí, señor, él era. ¿Y con quién se casó?

—Con su compañero; era necesario poner fin a los escándalos de ustedes. Y cuánto siento esta equivocación; fue que me informaron mal. Creyendo que el otro era el enamorado de la señorita, lo hice casar con ella, y entonces era al contrario: ¡mire qué lástima! Y él sí se calló la boca y sin chistar se llevó buen bocado, porque la niña es bonita y rica.

Yo no volví a hablar palabra porque me parecía simpleza todo lo que dijera después. Sólo al tiempo de irse don Ventura, le dije:

—Espero que me dejará salir, porque me voy mañana.

—¿Para dónde?

—Para San Diego a meterme de fraile.

—No sea majadero, no haga tal cosa; por eso hay tantos malos frailes: casi todos entran en un momento como éste o por necesidad, pero sin verdadera vocación, y después se arrepienten cuando no hay remedio. ¿Sabe lo que ha de hacer? Si quiere, le consigo una plaza de aspirante en uno de los cuerpos que salen mañana mismo. Hoy la carrera militar brinda mucha gloria a los jóvenes; por allá se distrae y si no se casa, cuando vuelva vendrá cubierto de laureles y entonces encontrará muchas de sobra...

—Consiento, le dije, sin acordarme de mi madre que moriría de pesadumbre.

Al día siguiente salí de aquí sin atender a nadie: estaba loco.





En mi correría siempre fui el mismo: serví en la carrera militar siete años; después me separé y anduve por Santa Marta, Cartagena, Saint Thomas, la isla de Cuba y Jamaica siete años más. La única que pudiera haberme hecho volver aquí era mi madre; pero dos años después de mi partida supe que había muerto.

Yo creí que en mí el primer amor fuera como en casi todos, concentrado y vehemente, pero que después el tiempo y el olvido lo borran, dejando apenas un rastro en el corazón; que al fin se cambiaría en un recuerdo agradable como la cosquilla que se siente en una cicatriz que está sanando. Pero no fue así; el mío es eterno, vivirá conmigo. Jamás he podido mirar a otra mujer, y así es que he vivido libre de las cuitas, intrigas, enredos y bajezas en que veo a los demás por causa de ellas. Jamás la olvidaré... Yo no oí de ella ni una palabra de consuelo, ¡pero creo que sí me amaba! Varias veces la vi fija en mí, y una mirada no engaña: hay miradas que se profundizan mucho más que mil palabras, palabras que en el curso de la vida se confunden con otras iguales o semejantes; al paso que la mirada escoge su asiento en el fondo del corazón; su guarda es el silencio; su protector la memoria.

Hará unos cuatro años que supe que la señora estaba viuda, e inmediatamente emprendí viaje para acá.

—¡Oiga! dijo la casera; con que por fin...

—Pero en Mompox supe que había muerto también.

—¡Murió también!, dije inmediatamente, pues esperaba otro resultado.

—Sí, murió también, contestó con resignación y haciendo ese gesto



de quien se conforma porque no hay remedio; gesto y ademán que la señora imitó involuntariamente, pues conversar delante de ella, es como hacerlo delante de un espejo; todo lo repite.

—Seguí mi viaje, continuó, y hace algún tiempo que me encuentro aquí, solo, sin amigos, y viendo todo nuevo y extraño para mí.

—¿Y en qué tiempo moriría ella? preguntó la señora.

—No sé; me he propuesto no averiguar nada. ¿Para qué? ya la perdí.

—¿Y muy joven se fue usted de aquí? volvió a preguntarle.

—Tendría diez y ocho años.

—¿Y en qué calle vivía? ¿no la conocería yo?

—Vivía por la calle de las Águilas.

—¿Por la de las Águilas?

—Sí, señora, contestó abriendo tamaños ojos. Adiós diantres, pensé yo, ésta le va a dar noticia de sus amores y ahora mismo se nos vuelve loco. ¿Quién lo aguanta?

—¿Y podrá decirme cómo se llamaba?

—Laura.

—¿Y la madre?

—Carmen.

—¡Carmen! dijo dando un grito y enlazando las manos. Al decir esto, sacó de un cajón de la mesa un papel, y le dijo:

—¿Su nombre de usted?

—Fernando Vizcaya.

—¡Fernando! gritó, señalándole la firma que tenía ese papel.

El hombre se fijó en la firma, después alzó a mirar a la señora y como arrebatado y movido por un resorte, se lanzó sobre ella con los brazos abiertos y gritó:

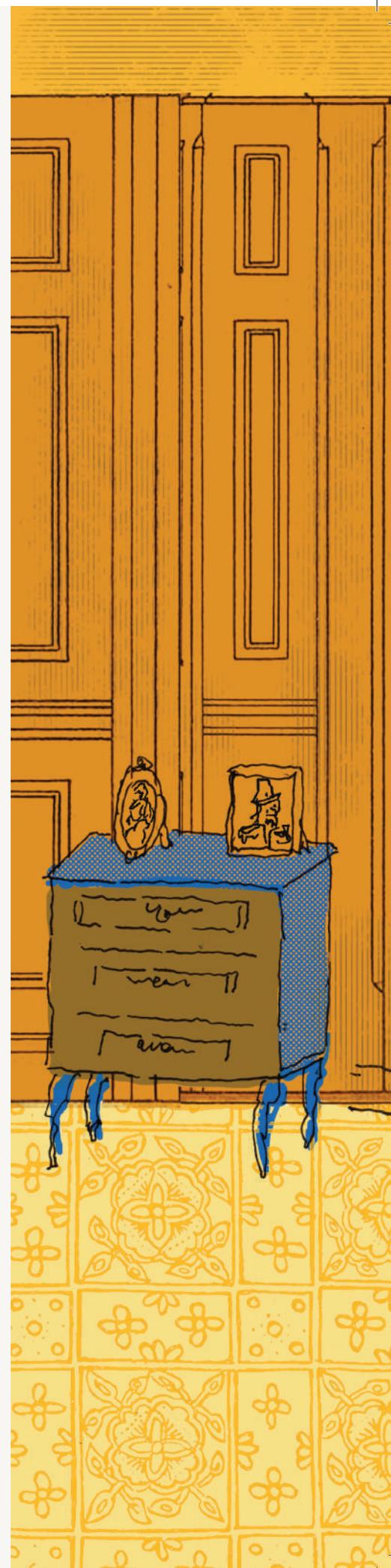
—¡Laura!

—¡Fernando!... contestó ella recibéndole en los brazos.

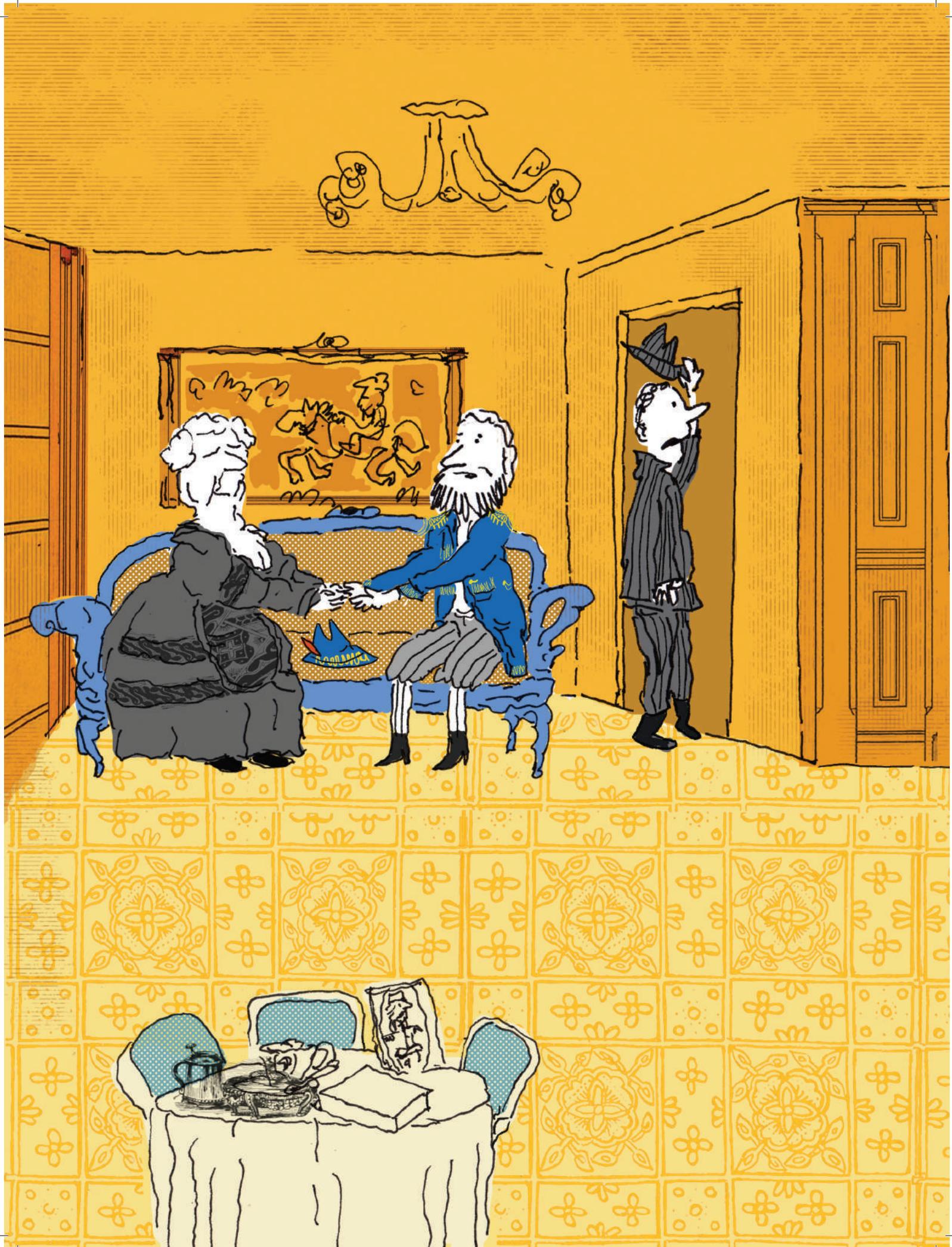
Ese papel era la carta que él le había escrito el día de su casamiento con el militar.

Yo me paré delante de ellos para contemplarlos. Lloraban; pero las lágrimas eran escasas, densas y pesadas: lágrimas de viejos que rodaban de arruga en arruga, con precipitación, sin dejar el más leve rastro por donde habían pasado. Parecían gotas de azogue. Qué triste es ver llorar a dos viejos; se sufre mucho: las lágrimas como que se han hecho para los niños. Los viejos lloran más con la expresión que con las lágrimas, porque entonces el corazón está cansado, el labio torpe y el párpado seco de llorar. Dos lágrimas en ellos dicen más que todos los gemidos juntos.

Dejo a la consideración de mis lectores lo que se dijeron después, y únicamente les contaré, a guisa de epílogo, lo que ella le contó y que servirá para concluir este cuento.









—Don Ventura, de quien fui compadre después, cediendo a las instancias de Antonio mi marido, y de mi mamá, fue quien armó esa treta para llevarlo a la cárcel, cosas que hasta ahora sé y de que caigo en cuenta, pues conmigo guardaron el mayor secreto. No hubo tales amores de Antonio con la criada; esa fue ocurrencia de él para engañarlo, y como yo dije repetidas veces que no me casaría con él hasta no saber la opinión de usted, entonces dijo que él la sabía muy bien, que de quien estaba enamorado era de la criada y no de mí. Antonio tenía de su parte a mi mamá, y usted no tenía sino mi afecto, pero afecto que nunca pude dar a conocer sino con miradas. Mi marido al día siguiente de casados, marchó en el otro cuerpo que salió para el Norte el mismo día que se fue usted, y a poco tiempo murió de una fiebre en el puerto de los Cachos, dejándome en libertad para dedicarme al único pensamiento que me acompañaba. Muchos quisieron después casarse conmigo, pero yo hice propósito de no unirme a nadie, ya que había perdido lo único que había amado en mi vida. Esta carta la encontré entre los papeles de mi mamá después que ella murió, y la he conservado como única reliquia suya. Y, ¡cosa rara! ¿Creerá usted que jamás perdí la esperanza de volver a verlo?

Ahora, mi amigo don Eugenio, tengo muchísimo gusto en convidarlo a las bodas, pues sabrá que me nombraron de padrino.

Cuándo y dónde serán las bodas, es cosa que todavía no sé.

Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare (versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí.

Leer es mi cuento 17

Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont.

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español. Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

Cantos populares de mi tierra

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

Rapunzel y Pulgarcito

Grimm / Perrault.

Leer es mi cuento 31

Las travessuras de Naricita

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

Leer es mi cuento 33

Versos sencillos

(Selección)

José Martí.

Leer es mi cuento 34

Memorias de un caballo de la Independencia

(Selección)

Gonzalo España.

Leer es mi cuento 35

Cuentos y arrullos del folclor indígena y campesino colombiano

Leer es mi cuento 36

Cuentos y arrullos del folclor afrocolombiano

Leer es mi cuento 37

Una ronda de Don Ventura Ahumada

Eugenio Díaz.

Leer es mi cuento 38

La Expedición Botánica contada a los niños

(Selección)

Elisa Mújica.

Leer es mi cuento 39

Pelo de Zanahoria

(Selección)

Jules Renard.

Leer es mi cuento 40

La monja • Mi madrina

Soledad Acosta de Samper.

Leer es mi cuento 41

Así es mi palabra

(Selección de poesía indígena colombiana)

Varios autores.

Leer es mi cuento 42

Cuentos a Sonny

La tierra de El Dorado

Santiago Pérez Triana.

Leer es mi cuento 43

Entre usted, que se moja

José David Guarín.

Leer es mi cuento 44

Las preguntas del agua

(Selección de poesía afrocolombiana)

Varios autores.

Consulte los libros digitales y el glosario

aquí: www.maguard.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/

www.maguard.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/